5-30 24/6/03 09:26 Página 5

PERRY ANDERSON

FUERZA Y CONSENTIMIENTO

Cuando la cuenta atrás hacia la guerra comienza de nuevo en Oriente Próximo entre elevados niveles de mojigatería y bravuconería en el mundo atlántico, lo realmente importante son los parámetros subyacentes de la actual situación internacional, no la verborrea retórica que la rodea, sea ésta beligerantemente oficial u ostensiblemente opositora. Estos parámetros plantean tres cuestiones analíticas fundamentales. ¿En qué grado la línea del actual gobierno republicano de Washington representa una ruptura respecto a las políticas anteriores de Estados Unidos? En la medida en qué esto sea así, ¿qué explica esta discontinuidad? ¿Cuáles son las consecuencias de este cambio? Para responder a estas preguntas, parece probable que precisamos de una perspectiva de más largo alcance que la ofrecida por la coyuntura inmediata. El papel de Estados Unidos en el mundo se ha convertido en un tema que ha sido analizado de modo diverso por una gama cada vez mayor de posiciones que se sitúan a lo largo de todo el espectro político. Si bien aquí tan sólo podremos analizar un reducido número de problemas, lanzar un puñado de flechas del carcaj de la teoría socialista clásica puede ser, no obstante, mejor que no ofrecer perspectiva alguna.

1

Los actuales responsables de la política estadounidense son herederos de tradiciones continuistas de cálculo global seguidas por el Estado estadounidense que se remontan a los últimos años de la Segunda Guerra Mundial. Entre 1943 y 1945, el gobierno Roosevelt definió la configuración del sistema de poder estadounidense que podía prever la inminencia de la victoria sobre Alemania y Japón, en medio de las bajas sufridas por Rusia y las deudas que estaba acumulando Gran Bretaña. Desde un principio, Washington se trazó dos objetivos estratégicos integralmente interconectados. Por un lado, Estados Unidos se propuso que el mundo fuera seguro para el capitalismo. Esto significaba acordar la prioridad fundamental a la contención de la URSS y a la detención de la expansión de la revolución más allá de sus fronteras, allí donde no pudiera poner en cuestión el botín conseguido por los soviéticos en la guerra, como sucedía en Europa del Este. Tras el inicio de la Guerra Fría, el objetivo a largo plazo de la lucha contra el comunismo consistió una vez más –como lo había

sido en los primeros momentos de la intervención de Wilson en 1919– no simplemente en bloquear a su antagonista soviético, sino en borrarlo del mapa. Por otro lado, Washington estaba resuelto a asegurar de modo incontestable la primacía estadounidense en el seno del capitalismo mundial, lo cual significaba ante todo reducir a Gran Bretaña a un estado de dependencia económica, proceso que había comenzado con el propio programa de préstamos de guerra y el establecimiento de una regencia militar posbélica en Alemania Occidental y en Japón. Una vez que este marco de referencia estuvo en vigor, la expansión económica que el capitalismo estadounidense conoció durante la guerra se extendió con éxito tanto a las potencias aliadas como a las derrotadas, en beneficio común de todos los Estados de la OCDE.

Durante los años de la Guerra Fría, apenas surgieron tensiones entre estos dos objetivos fundamentales de la política estadounidense. El peligro del comunismo para las clases capitalistas en cualquier punto del planeta, que se había incrementado en Asia por mor de la Revolución China, significaba que virtualmente todas ellas se sentían felices con la protección, la asistencia y la vigilancia suministrada por Washington. Francia, culturalmente menos próxima que Gran Bretaña, y militarmente más autónoma que Alemania o Japón, constituyó brevemente la excepción bajo el liderazgo de De Gaulle. Si dejamos de lado este paréntesis, la totalidad de la zona capitalista avanzada se integró sin grandes tensiones bajo el *imperium* informal estadounidense, cuyos puntos de referencia fueron Bretton Woods, los planes Marshall y Dodge, la OTAN y el Pacto de Seguridad firmado entre Estados Unidos y Japón. A su debido tiempo, los capitalismos japonés y alemán se recuperaron hasta convertirse en serios competidores económicos de Estados Unidos, mientras el sistema de Bretton Woods se desintegró a principios de la década de 1970 por las presiones que sobre él ejerció la guerra de Vietnam. Sin embargo, la unidad e ideológica del mundo libre se vio escasamente afectada por estos procesos. El bloque soviético, siempre más débil, menor y más pobre, resistió otros veinte años caracterizados por un crecimiento declinante y una carrera armamentística hipertrófica, hasta que finalmente colapsó a principios de la década de 1990.

La desaparición de la URSS señaló la victoria completa de Estados Unidos en la Guerra Fría. Sin embargo, por la misma razón, el nudo que vinculaba los objetivos primordiales de la estrategia global estadounidense tendió a desanudarse. La misma lógica ya no lograba integrar sus dos objetivos en un sistema hegemónico único[1]. En primer lugar, una vez que el

[1] En el resto del artículo, que debe mucho a la discusión sostenida entre Gopal Balakrishnan y Peter Gowan, la noción de hegemonía sigue la concepción acuñada y el uso hecho de la misma por Gramsci. Este término ha recibido recientemente otro significado en el denso y bien argumentado libro de John MERSHEIMER *Tragedy of Greater Power Politics*; sobre este texto, véase Peter GOWAN, «Un cálculo de poder», *NLR* 16, septiembre-octubre de 2002, pp. 44-63.

peligro comunista había sido eliminado del tablero, la primacía estadounidense dejaba de ser una exigencia automática de la seguridad del orden establecido *tout court*. Potencialmente, el campo de las rivalidades intercapitalistas, que ya no se desplegaban únicamente en el ámbito de las empresas, sino que se hacían realidad en el de los Estados, se hacía explícito una vez más, cuando los regímenes europeos y asiático-orientales podían contemplar ahora, en teoría, grados de independencia impensables durante la época del peligro totalitario. Había, no obstante, otro aspecto en este cambio. Si bien la estructura de consenso del predominio estadounidense carecía en estos momentos de los mismos pilares externos, su superioridad coercitiva se vio, de repente, reforzada e incrementada de modo impresionante. La desaparición de la URSS suponía la eliminación de toda fuerza en condiciones de contrastar o resistir la potencia militar estadounidense. Los días en que Estados Unidos podía sufrir un jaque mate en Vietnam o la derrota de su aliado en Sudáfrica habían pasado. Estos cambios interrelacionados debían alterar finalmente su papel en el mundo. La fórmula química del poder estaba en estado soluble.

2

En la práctica, sin embargo, los efectos de este cambio estructural en el equilibrio existente entre fuerza y consentimiento en el seno del funcionamiento de la hegemonía estadounidense siguieron latentes todavía durante otra década. En realidad, el conflicto característico de la década de 1990 casi lo ocultó completamente. La invasión iraquí de Kuwait amenazó el nivel de precios de los suministros petrolíferos, por no hablar de la estabilidad de los regímenes vecinos, lo cual hizo posible que Estados Unidos gestionara rápidamente la creación de una vasta coalición formada por los países del G-7 y los Estados árabes aliados cuyo objetivo era la restauración del trono de la dinastía Sabah. No obstante, más significativo que la panoplia de los colaboradores extranjeros o de los subsidios exteriores puestos en común en la Operación Tormenta del Desierto fue la capacidad de Estados Unidos para asegurar la total cobertura de Naciones Unidas para su campaña. Con la URSS privada de capacidad de intervención, el Consejo de Seguridad podía ser utilizado en adelante con una confianza cada vez mayor como pantalla ideológica portátil para las iniciativas de la única superpotencia. Aparentemente parecía como si el consenso alcanzado por la diplomacia estadounidense fuese mayor que en ningún otro momento.

Sin embargo, este consentimiento tan dilatado era de un tipo especial. Las elites de Rusia y China –país en el que este proceso había comenzado con anterioridad– eran ciertamente susceptibles de experimentar el magnetismo del éxito material y cultural estadounidense como normas de imitación. En este sentido, la internalización de los selectos valores y atributos del Estado omnipoderoso por parte de las potencias subalternas, que Gramsci habría considerado una característica esencial de cualquier hege-

monía internacional, comenzaba a mostrar su pertinencia. Pero el carácter objetivo de estos regímenes se hallaba todavía demasiado alejado de los prototipos estadounidenses para que tales predisposiciones subjetivas constituyesen una garantía fiable ante cualquier acto de complacencia en el Consejo de Seguridad. Para que ello fuese así, se precisaba de la tercera de las palancas que en su momento circunscribió Gramsci, y que se situaba entre la fuerza y el consentimiento, pero que estaba más próxima a este último: la corrupción[2]. Profusamente utilizada para controlar los votos en la Asamblea General, ahora se extendía a estos detentadores del derecho de veto. Los estímulos económicos para cumplir con la voluntad estadounidense pasaban en la Rusia poscomunista por mecanismos tan diversos como los préstamos del FMI o la financiación y organización encubiertas de las campañas electorales de Yeltsin. En el caso de China, se concentraban en la armonización de su *status* de nación más favorecida y en acuerdos comerciales[3]. El asentimiento que se compra nunca es el mismo que el que es dado; pero a efectos prácticos, bastaba volver a una ONU similar a la de los felices días del estallido de la guerra de Corea, cuando automáticamente acataba el mandato de Estados Unidos. La irritación insignificante de un secretario general que ocasionalmente eludía los dictados estadounidenses fue eliminada, y en su lugar se instaló a un hombre de la Casa Blanca, recompensado por encubrir el genocidio de Ruanda mientras Estados Unidos presionaba a favor de la intervención en los Balcanes[4]. A finales de la década de 1990, Naciones Unidas se había convertido virtualmente en el brazo del Departamento de Estado estadounidense al igual que el FMI se había convertido en el del Departamento del Tesoro.

En estas condiciones, los responsables de la política estadounidense podían enfrentarse al mundo surgido de la conclusión de la Guerra Fría con una libertad de movimientos sin precedentes. Su primera prioridad era asegurar que Rusia se encontrara encerrada, económica y políticamente, en el orden global del capital con la instalación de una economía priva-

---

[2] «El ejercicio "normal" de la hegemonía en el terreno ahora ya clásico del régimen parlamentario se halla caracterizado por la combinación de la fuerza y del consentimiento, que se equilibran de diversos modos, sin que aquélla predomine demasiado sobre éste». Pero en ciertas ocasiones, en las que el uso de la fuerza encierra un riesgo demasiado elevado, «entre el consentimiento y la fuerza se sitúa la corrupción-fraude, [...] que consiste en la despotenciación y la parálisis del antagonista o antagonistas...», Antonio GRAMSCI, *Quaderni del carcere*, Turín, Einaudi, 2001.

[3] Los dos casos no son idénticos, pero en cada uno de ellos, además de consideraciones pecuniarias, ha primado un elemento de sumisión moral. Si se atuvieran únicamente al cálculo de sus ventajas materiales, los dirigentes de Rusia y China harían mejor en ejercer su derecho de veto de vez en cuando, para elevar su precio de compra. El hecho de que no perciban esta lógica obvia de venalidad política sugiere el grado en que han internalizado la autoridad hegemónica.

[4] Sobre Kofi Annan, véase Colette BRAECKMAN, «Nueva York y Kigali», *NLR* 9 (julio-agosto de 2001), pp. 164-171; Peter GOWAN, «El cosmopolitismo neoliberal», *NLR* 11 (noviembre-diciembre de 2001), pp. 151-165.

tizada y una oligarquía empresarial en los puntos de conexión de un sistema electoral democrático. Éste fue el interés diplomático crucial de la administración Clinton. Una segunda preocupación fue asegurar las dos zonas adyacentes de influencia soviética: Europa del Este y Oriente Próximo. En la primera, Washington extendió la OTAN hasta las fronteras tradicionales de Rusia, mucho antes de la expansión de la Unión Europea hacia el Este, y se hizo cargo de la liquidación del Estado yugoslavo. En Oriente Próximo, la guerra de Kuwait fue un regalo del cielo que permitió a Estados Unidos instalar bases militares avanzadas en Arabia Saudita y en el Golfo, establecer un protectorado en Kurdistán e inmovilizar al movimiento nacional palestino en una zona de espera gestionada por el dictado de Israel. Todas estas tareas fueron de algún modo tareas de emergencia que surgieron de las secuelas de la victoria obtenida en la Guerra Fría.

3

Ideológicamente, los contornos de un sistema susceptible de ser operativo tras la Guerra Fría emergieron de un modo más gradual. No obstante, las guerras del Golfo y de los Balcanes ayudaron a que cristalizara una doctrina cada vez más comprehensiva, que vinculaba el funcionamiento de mercados libres (el arca del neoliberalismo desde la época de Reagan-Thatcher) a la celebración de elecciones libres (el *leitmotiv* de la liberación de Europa centro-oriental) y al respeto de los derechos humanos (la consigna empleada en el Kurdistán y en los Balcanes). Los primeros dos lemas siempre habían formado parte, con diversas tonalidades, del repertorio de la Guerra Fría, aunque ahora eran enunciados con una confianza mucho mayor: un cambio realmente marcado en la recuperación vigorosa del término *capitalismo*, considerado indiscreto en el punto álgido de la Guerra Fría, cuando se prefería utilizar otros eufemismos. El tercer lema constituía, sin embargo, la principal innovación del periodo y contribuyó en grado sumo a alterar el paisaje estratégico del mismo, ya que suponía colocar un palanqueta en la puerta de la soberanía nacional.

Los principios tradicionales que sostenían la autonomía de las naciones en sus asuntos domésticos fueron, por supuesto, regularmente violados por ambas partes durante la Guerra Fría. Sin embargo, si nos atenemos a su codificación en la convención diplomática –y con no menor intensidad en la propia Carta de las Naciones Unidas–, estos principios se derivaban del equilibrio de fuerzas vigente durante el periodo de descolonización, que con frecuencia había dado lugar a la constitución de innumerables pequeños Estados, casi siempre débiles, en el Tercer Mundo[5]. Jurídicamente, la doctrina de la soberanía nacional presuponía nociones de igualdad

[5] En cuanto a la discusión de estos antecedentes, véase David CHANDLER, «Justicia internacional», *NLR* 6 (enero-febrero de 2001), pp. 156-167.

entre los pueblos que proporcionaba cierta protección contra el avasallamiento de las dos superpotencias, cuya competencia aseguraba que ninguna de ellas pudiera pretender abiertamente eludir tal protección por temor a conceder una ventaja moral demasiado elevada a la otra. Con el fin de la Guerra Fría, sin embargo, y con la desaparición de cualquier contrapeso que operase frente al campo del capital, había pocas razones para prestar demasiada atención a las formulaciones que expresasen otra relación de fuerzas internacionales, ahora extinta. El Nuevo Orden Mundial, proclamado por primera vez de modo triunfalista, pero todavía enunciado en términos tradicionales, por Bush sénior, se convirtió bajo el mandato de Clinton en la prosecución por parte de la comunidad internacional –como condición de una paz democrática– de la justicia universal y de los derechos humanos allí donde ambos se encontraran en peligro, con independencia de las fronteras estatales.

Desde mediados de la década de 1990, el escenario en el que operó el gobierno demócrata estadounidense fue inusualmente propicio. En el frente doméstico, se encontraba en el punto máximo de una burbuja bursátil especulativa; en el exterior, disfrutaba de un conjunto de regímenes europeos diseñados de acuerdo con su agenda ideológica doméstica. La versión del neoliberalismo defendida por la tercera vía se adaptaba bien al catecismo de la «comunidad internacional» y su devoción compartida por los valores humanos universales. En la práctica, por supuesto, allí donde la lógica de la primacía estadounidense chocaba con las consideraciones o los objetivos de sus aliados, prevalecía aquélla. Las realidades políticas subyacentes a la retórica multilateral afloraron a la superficie de modo recurrente durante esos años. Estados Unidos frustró los acuerdos de Lisboa en 1992, prefiriendo dictar su propio dictado en Bosnia, si era necesario pagando el precio de una mayor limpieza étnica, antes que avenirse a aceptar una iniciativa procedente de la Unión Europea; impuso el ultimátum de Rambouillet que desencadenó una guerra a gran escala sobre Kosovo; desplegó la OTAN hasta las fronteras de Bielorrusia y Ucrania; y dio su plácet a la reconquista rusa de Chechenia, tal como quedó claro tras las alabanzas de Clinton a la «liberación de Grozny» tras un violento asalto que convertía el destino de Sarajevo en poco más que un día de campo.

De un modo u otro, todos estos movimientos en su patio trasero ignoraron las sensibilidades de la Unión Europea, pero en ningún caso éstas se desautorizaron de un modo demasiado grosero u ostentoso. De hecho, cuando el segundo mandato de Clinton fue avanzando, los responsables europeos afirmaron en todo caso más profusa y vehementemente que el propio gobierno estadounidense la interconexión existente entre mercados libres y elecciones libres, y la necesidad de limitar la soberanía nacional en nombre de los derechos humanos. Políticos e intelectuales podían escoger a su antojo en esta mezcolanza. En un discurso pronunciado en Chicago, Blair sobrepasó en entusiasmo a Clinton al hablar sobre el nuevo humanismo militar, mientras que en Alemania un pensador como Habermas

consideraba el compromiso desinteresado con el ideal de los derechos humanos como una definición de la propia identidad europea, desligando al continente de los objetivos meramente instrumentales de las potencias anglo-estadounidenses en el bombardeo de Yugoslavia.

A finales de la década de 1990, los planificadores de la estrategia estadounidense tenían todas las razones para sentirse satisfechos con el balance de situación total dejado por la misma. La URSS había sido derribada sobre el cuadrilátero, Europa y Japón estaban controlados, China había sido atraída al establecimiento de relaciones comerciales más estrechas, la ONU se hallaba reducida a poco más que una oficina de permisos; y todo se había conseguido de acuerdo con el perfil de las ideologías más emolientes, cuyos objetivos últimos eran la comprensión internacional y la buena voluntad democrática. La paz, la justicia y la libertad se estaban extendiendo por todo el mundo.

4

Dos años después, la escena parece muy diferente. ¿Pero en qué aspectos? Desde el principio, el nuevo gobierno Bush mostró cierta impaciencia con la ficción que suponía afirmar que la «comunidad internacional» era una alianza de iguales democráticos, y cierta incomodidad respecto a las hipocresías habituales vinculadas con ella, actitudes ambas que provocan el rechinar de dientes de una opinión europea todavía en estado de duelo por la pérdida de Clinton. Pero tales cambios de estilo no significaban cambio alguno en los objetivos fundamentales de la estrategia global estadounidense, que ha permanecido completamente estable durante medio siglo. Dos factores, sin embargo, han modificado radicalmente las formas en que éstos están siendo perseguidos en la actualidad.

El primero de estos factores fue, por supuesto, el *shock* del 11 de septiembre. Aunque en sentido alguno supuso una amenaza para el poder estadounidense, los atentados tuvieron por objetivo edificios simbólicos y víctimas inocentes –matando virtualmente tantos estadounidenses en un solo día como ellos se matan entre sí en una estación– en un espectáculo calculado para sembrar el terror y la furia en una población que carecía de experiencia frente a un ataque exterior. La retribución espectacular, a una escala más que proporcional respecto a la masacre, se iba a convertir inmediatamente en la primera obligación de cualquier gobierno, con independencia del partido que ocupase el poder. En este caso, el nuevo gobierno elegido por un pequeño y contestado margen de votos, ya había declarado su intención de asumir una postura nacional más contundente en el exterior, prescindiendo de una serie de fachadas o placebos –Roma, Kyoto, etc.– que su predecesor había aprobado nominalmente. El 11 de septiembre confirió a tal actitud una inesperada oportunidad para redefinir más decisivamente los términos de la estrategia global estadounidense de lo que de otro modo habría sido posible. Espontáneamen-

te, la opinión pública nacional se galvanizó en pos de una lucha figurativamente comparable a la de la propia Guerra Fría.

De este modo se eliminó una restricción fundamental que pesaba sobre la política exterior estadounidense. En la posmodernidad, la hegemonía del *capital* no requiere movilización de masas de ningún tipo. Por el contrario, precisa de lo opuesto: de la apatía y de la eliminación de cualquier tipo de catexis de la vida pública. El hecho de no votar, como el canciller británico observó tras las últimas elecciones celebradas en el Reino Unido, constituye el marchamo del ciudadano satisfecho. En ningún otro lugar este axioma es más ampliamente aceptado que en Estados Unidos, donde los presidentes son habitualmente elegidos por un 25 por 100 aproximadamente de la población adulta. Sin embargo, y aquí esto supone una diferencia esencial, la implementación de la *primacía estadounidense* requiere una activación del sentimiento popular que exceda el mero asentimiento ante el statu quo. Esta activación no se consigue fácilmente ni se halla disponible continuamente. La guerra del Golfo fue aprobada únicamente por un puñado de votos en el Congreso. La intervención en Bosnia se retrasó considerablemente por temor ante una reacción poco entusiasta del electorado. Incluso las incursiones en Haití tenían que ser extremadamente breves. En Estados Unidos siempre han existidos constricciones muy severas sobre el Pentágono y la Casa Blanca: temor popular por las víctimas, amplia ignorancia de lo que ocurre en el mundo exterior, indiferencia tradicional a los conflictos exteriores. En efecto, existe un vacío estructural permanente entre la gama de operaciones político-militares de las que precisa el imperio estadounidense para mantener su predominio y el periodo de atención o compromiso de los votantes de este país. Para colmar tal vacío, resulta virtualmente indispensable la existencia de una amenaza de algún tipo. En ese sentido, de modo muy similar a Pearl Harbor, los atentados del 11 de septiembre ofrecieron al presidente estadounidense una oportunidad para propiciar un giro mucho más rápido y ambicioso al *modus operandi* de Estados Unidos en el exterior que el que podría haber dado en otras circunstancias. El círculo en torno a Bush percibió esto inmediatamente, y la asesora de Seguridad Nacional Rice comparó este momento al nacimiento de la Guerra Fría, esto es, un equivalente político de la Creación[6].

El segundo factor, de no menor importancia, había estado germinando desde mediados de la década de 1990. La guerra de los Balcanes, valiosa demostración del poder de mando estadounidense sobre Europa, e inspiradora por su derrocamiento de Milosevic, había también propiciado un premio de un carácter más virtual, pero, sin embargo, preñado de conse-

---

[6] Véase Bob WOODWARD, «We Will Rally the World», *Washington Post*, 28 de enero de 2002, quien informa que Rumsfeld presionó a favor de una guerra contra Irak en la mañana del 12 de septiembre; respecto a la valoración de la situación por parte de Rice, véase Nicholas LEMANN, «The Next World Order», *New Yorker*, 1 de abril de 2002, pp. 42-48.

cuencias. Aquí, por primera vez, casi en condiciones ideales, pudo ponerse a prueba lo que los especialistas habían predicho durante algún tiempo como la inminente «revolución de los asuntos militares». Esta revolución significaba un cambio fundamental en la naturaleza de la guerra mediante la aplicación omnicomprensiva de los avances electrónicos a los armamentos y los sistemas de comunicaciones. La campaña de la OTAN contra Yugoslavia fue todavía un experimento, con una gran cantidad de fallos técnicos y errores de objetivos, respecto a las posibilidades de destrucción unilateral que estas innovaciones inauguraban. Los resultados, sin embargo, fueron lo suficientemente sorprendentes como para sugerir el potencial existente susceptible de propiciar un salto cualitativo en la exactitud y en la eficacia del poder de fuego estadounidense. Cuando se estaban confeccionando los planes de venganza contra Al Qaeda, la revolución de los asuntos militares había avanzado muy considerablemente. La operación relámpago contra Afganistán, que desplegó toda una panoplia de satélites, misiles inteligentes, aviones sin piloto, bombarderos invisibles y fuerzas especiales, mostraron con precisión la magnitud del abismo tecnológico existente entre el armamento estadounidense y el de la totalidad de los restantes Estados y qué escaso sería de hecho el coste humano para Estados Unidos de sus ulteriores intervenciones militares en cualquier punto del mundo. Tras la desaparición de la URSS, el desequilibrio global en los medios de violencia se ha redoblado en realidad desde entonces, inclinando todavía a los miembros subalternos de la hegemonía hacia el polo de fuerza. El efecto de la revolución militar mencionada es crear un vacío de poder de bajo riesgo alrededor de la planificación estadounidense, en el cual el cálculo ordinario de poder de los riesgos o de las ganancias de la guerra se diluye o se suspende. El éxito deslumbrante de la operación afgana, en un terreno geográfico y en un entorno cultural erizados de dificultades, tan sólo podía envalentonar a cualquier gobierno para tomar iniciativas imperiales de todavía mayor envergadura.

Estos dos cambios en las circunstancias –la inflamación del nacionalismo popular como consecuencia del 11 de septiembre en el frente interno y la nueva amplitud que la revolución militar ofrece en el exterior– se han visto acompañados por un cambio ideológico. Éste es el principal elemento de discontinuidad en la actual estrategia global estadounidense. Allí donde la retórica del régimen de Clinton hablaba de la causa de la justicia internacional y de la construcción de una paz democrática, el gobierno Bush ha alzado la bandera de la guerra contra el terrorismo. Estos argumentos no son incompatibles, pero el orden de importancia asignado a cada uno de ellos se ha modificado. El resultado es un agudo contraste de interferencias entre ambos. La guerra contra el terrorismo orquestada por Cheney y Rumsfeld es mucho más estridente, si bien también quebradiza, y proclive a exigir unanimidades, que los empalagosos deseos piadosos de los años de Clinton-Albright. Los resultados políticos inmediatos de cada una también han diferido. La nueva línea más agresiva adoptada por Washington ha sido difícil de tragar por Europa, donde

el discurso de los derechos humanos fue y es especialmente valorado. Aquí la línea anterior era claramente superior como idioma hegemónico.

Por otro lado, en Rusia y China se impone la constatación inversa. Ahí, la guerra contra el terrorismo ha ofrecido –aunque sólo sea temporalmente– un fundamento mucho mejor para integrar a los centros de poder rivales bajo el liderazgo estadounidense que la retórica de los derechos humanos, que tan sólo irritaba a sus dirigentes. Por el momento, las ganancias diplomáticas obtenidas por la cooptación del régimen de Putin en la campaña afgana y la instalación de bases estadounidenses en todo Asia central pueden contemplarse razonablemente por Washington como más sustancial que los costes derivados de los refunfuños apáticos ante el unilateralismo estadounidense que caracterizan notablemente la escena europea. El Tratado de Misiles Antibalísticos está muerto, la OTAN se está moviendo hacia los Estados bálticos sin encontrar resistencia por parte de Moscú y Rusia se muestra ansiosa por unirse al concierto occidental. China también, como se puso de manifiesto por primera vez por las distendidas opiniones expuestas por los republicanos sobre Taiwan, ha sido tranquilizada por la guerra contra el terrorismo, que le ofrece la cobertura de la Casa Blanca para la represión étnica de Xinjiang.

5

Si tal era el balance de situación cuando un títere estadounidense fue depositado con cuidado en Kabul ante el aplauso casi universal –de los mulás iraníes a los *philosophes*, de los socialdemócratas escandinavos a los servicios secretos rusos, de las ONG británicas a los generales chinos–, ¿qué es lo que explica la proyectada continuación en Irak? Una política más dura frente a régimen Baaz, ya mencionada durante la campaña electoral de Bush, era predecible tras el 11 de septiembre, en un momento en que el dilatado bombardeo anglo-estadounidense se estaba de todos modos intensificando[7]. Desde entonces tres factores han convertido lo que sin duda se contemplaba como operaciones encubiertas cada vez más intensas para derrocar a Sadam en las propuestas actuales a favor de una invasión en toda regla. La primera es la necesidad de obtener algún resultado definitivamente espectacular en la lucha contra el terrorismo. La victoria en Afganistán, en sí misma satisfactoria, se logró contra un enemigo en gran medida invisible y se vio de algún modo psicológicamente contrapesada por las continuas advertencias del peligro de ulteriores ataques por parte de los agentes ocultos de Al Qaeda. Funcional para mantener un estado alto de alarma pública, este tema carece, sin embargo, de cualquier resolución liberadora. La conquista de Irak ofrece un drama de un tipo mayor y de carácter más familiar, cuyo final victorioso podría trans-

[7] Respecto a la escalada de los asaltos aéreos contra Irak protagonizados por Clinton y Blair, véase Tariq Ali, «Estrangular al pueblo iraquí», *NLR* 6 (enero-febrero de 2001), pp. 5-14.

mitir la sensación de que un enemigo dotado de las propiedades de la hiedra ha sido verdaderamente puesto fuera de combate. Para la opinión pública estadounidense, traumatizada por un nuevo sentido de inseguridad, las distinciones establecidas en la taxonomía del mal entre Kandahar y Bagdad no son de gran importancia.

Más allá de tales consideraciones ambientales, sin embargo, el impulso para atacar a Irak responde a un cálculo racional de una naturaleza más estratégica. Es obvio que el oligopolio nuclear tradicional, indefendible desde el punto de vista de los principios, ha de ser cada vez más desafiado en la práctica a medida que la tecnología para fabricar armas atómicas se haga más simple y más barata. El club ha sido puesto en jaque por India y Pakistán. Para enfrentarse con este peligro en ciernes, Estados Unidos debe hallarse en condiciones de lanzar ataques preventivos contra los posibles candidatos, cuando así lo desee. La guerra de los Balcanes proporcionó un primer precedente vital para prescindir de la doctrina legal de soberanía nacional sin necesidad alguna de invocar la autodefensa, doctrina que fue retrospectivamente sancionada por Naciones Unidas. En Europa, tal proceso se presentó con frecuencia como una desagradable excepción al normal respeto por la ley internacional característica de las democracias, desencadenada por una emergencia humanitaria. La noción del eje del mal, por el contrario, y la posterior indicación de Irak como objetivo, estableció la necesidad de una guerra preventiva y la imposición de un cambio de régimen como *norma*, si el mundo ha de seguir siendo seguro.

Por razones obvias, esta concepción –a diferencia de la batalla contra el terrorismo definida de modo más circunspecto– puede generar nerviosismo en todos los centros de poder que no sean Washington. Francia y Rusia ya han expresado sus recelos, si bien de modo no muy estrepitoso. Desde el punto de vista de Washington, sin embargo, si el ímpetu de la guerra contra el terrorismo puede utilizarse para conminar la aceptación *de facto* –o, mejor todavía, *de jure*– por parte de Naciones Unidas de la necesidad de aplastar a Sadam Husein sin más, entonces los ataques preventivos tendrán que establecerse de ahora en adelante como parte del repertorio regular del mantenimiento de la paz democrática a escala global. Tal oportunidad ideológica es improbable que se presente de nuevo a corto plazo. Son las posibilidades que abre para constituir una nueva «constitución internacional», en la cual tales operaciones lleguen a formar parte del orden legal y habitual, las que excitan a un antiguo teórico de las intervenciones en defensa de los derechos humanos tan relevante como Philip Bobbitt, un admirador apasionado y estrecho colaborador de Clinton durante los ataques en los Balcanes, el cual subraya el grado en que la lógica de la prevención es potencialmente bipartidista[8].

---

[8] «El ex presidente Bill Clinton, el primer ministro Tony Blair y el canciller alemán Schroeder, que habían sido ampliamente criticados en sus respectivos partidos, serán considerados como los arquitectos que han intentado un profundo cambio en el orden constitucional de

El hecho de que Irak no disponga de armas nucleares dotará a un ataque contra él de mayor eficacia, ya que disuadirá a otros Estados de adquirirlas.

Una tercera razón para capturar Bagdad es más explícitamente política, antes que ideológica o militar. En este caso el riesgo es significativamente mayor. El gobierno republicano es tan consciente como cualquiera que se posicione en la izquierda de que el 11 de septiembre no fue simplemente un acto de maldad sin fundamento, sino una respuesta al papel ampliamente repudiado de Estados Unidos en Oriente Próximo. Ésta es una región en la que –a diferencia de Europa, Rusia, China, Japón o América Latina– no existen virtualmente regímenes con una base creíble para ofrecer puntos de transmisión eficaces a la hegemonía cultural o económica estadounidense. Los diversos Estados árabes son suficientemente dóciles, pero carecen de cualquier tipo de sostén popular, apoyándose sobre redes familiares y en la policía secreta. Habitualmente compensan su servilismo objetivo ante Estados Unidos con una buena dosis de hostilidad en los medios de comunicación, por no hablar de clausura, hacia este país. De modo único, en realidad, la dependencia más antigua de Washington y su cliente más valioso en la región, Arabia Saudita, se halla más parapetado contra la penetración cultural estadounidense que cualquier otro país del mundo si excluimos a Corea del Norte.

En la práctica, aunque totalmente sujeto a la presión «dura» del poder estadounidense (fondos y armas), la mayor parte del mundo árabe forma, pues, una especie de zona de exclusión de las operaciones normales del «poder suave» estadounidense, permitiendo que todo tipo de fuerzas y sentimientos aberrantes hiervan bajo la aparentemente dura tapa de los servicios de seguridad locales, como demostraron los orígenes de los asaltantes del 11 de septiembre. Contemplado desde esta perspectiva, Al Qaeda podría contemplarse como la advertencia de los peligros que se derivan de confiar demasiado en los sistemas externos e indirectos de control en Oriente Próximo, un área que contiene también la mayoría de las reservas de petróleo del mundo y, por lo tanto, no puede abandonarse a sus propios mecanismos como una irrelevante tierra de nadie al modo que se

---

una magnitud no menor que la de Bismarck. Cuando escribo estas palabras, el presidente estadounidense George W. Bush parece estar siguiendo un curso similar [...] La soberanía de ningún Estado es inatacable, si desdeña de modo estudiado las instituciones parlamentarias y las protecciones de los derechos humanos. Cuanto mayor es el rechazo de estas instituciones –que constituyen los medios mediante los cuales la soberanía es transmitida por las sociedades a sus gobiernos–, más bruscamente es desgarrado el manto de la soberanía que en otro caso protegería a los gobiernos de la interferencia de sus homólogos. La acción estadounidense contra la soberanía de Irak, por ejemplo, debe evaluarse de acuerdo con estos criterios», Philip Bobbitt, *The Shield of Achilles: War, Peace and the Course of History*, Londres, 2002, pp. xxvii, 680. Este trabajo constituye la teorización más exhaustiva del imperativo constitucional de aplastar Estados que no son lo suficientemente respetuosos con los derechos humanos o con el oligopolio de las armas nucleares. El homenaje al canciller Schroeder puede pasarse por alto, como expectativa perdonable de su alta vocación.

hace con el África subsahariana. Por otro lado, cualquier intento de alterar los puntales del poder de mando estadounidense sobre la región mediante el desbaratamiento de los regímenes existentes en la misma podría conducir fácilmente a reacciones del tipo de la señora Jul, que no hicieron ningún bien a Estados Unidos en Asia sudoriental. Tomar el poder en Irak, por el contrario, daría a Washington una enorme plataforma rica en petróleo en el centro del mundo árabe, sobre la cual construir una versión ampliada de una democracia de tipo afgano, diseñada para cambiar el conjunto del paisaje político de Oriente Próximo.

Por supuesto, como innumerables comentadores bien dispuestos se han apresurado a señalar, la reconstrucción de Irak podría resultar una empresa gravosa y azarosa. Pero los recursos estadounidenses son grandes y Washington puede confiar en un efecto nicaragüense tras una década de mortalidad y desesperación por mor del asedio estadounidense, contando con el fin de las sanciones y una recuperación total de las exportaciones de crudo, bajo ocupación estadounidense, para mejorar de modo tan contundente las condiciones de vida de la mayoría de la población iraquí como para que generase el potencial susceptible de crear un protectorado estadounidense estable del tipo que ya existe en el área kurda del país. A diferencia del gobierno sandinista, el régimen Baaz es una dictadura despiadada con escasas o nulas raíces populares. El gobierno Bush podría reconocer que las oportunidades de lograr un resultado similar al nicaragüense, en el que una población exhausta intercambia su independencia a cambio de ayuda material, es probable que sea mayor en Bagdad que en Managua.

A su vez, el efecto demostración de un régimen parlamentario que constituyera un modelo que pudiera ser imitado, bajo una benévola tutela internacional –quizá otra Loya Jirga del mosaico étnico del país–, ayudaría a convencer a las elites árabes de la necesidad de modernizar sus modos de funcionamiento, y a las masas árabes de la invencibilidad de Estados Unidos. En el mundo musulmán, generalmente, Washington ya ha obtenido la connivencia de los clérigos iraníes (conservadores y reformistas) para una repetición de la operación Libertad Duradera en Mesopotamia. En estas condiciones, así prosigue este cálculo estratégico, la decisión de incorporarse a tal proceso, similar a la decisión que llevó originalmente a la OLP a participar en Oslo tras la guerra del Golfo, sería una vez más irresistible, lo cual permitiría una solución definitiva de la cuestión palestina de acuerdo con parámetros aceptables para Sharon.

6

Tales son, aproximadamente hablando, las reflexiones que se hallan detrás del plan republicano para ocupar Irak. Como todas las empresas geopolíticas de este tipo, que jamás pueden prever el comportamiento de todos los actores o circunstancias presentes en las mismas, implica una

apuesta. Pero un cálculo que falla no es por ello necesariamente irracional: sólo llega a serlo si los inconvenientes que provoca son evidentemente demasiado elevados o los costes potenciales exceden ampliamente los beneficios, incluso si la diferencia es pequeña. Nada de ello parece aplicarse en este caso. La operación no es desmesurada respecto a los recursos estadounidenses, y sus costes inmediatos –habría algunos indudablemente– no parecen en estos momentos prohibitivos. Lo que lo echaría todo a rodar, por supuesto, sería un repentino derrumbamiento de uno o varios regímenes clientes de Estados Unidos en la región por muchedumbres indignadas u oficiales enfurecidos. Dadas las circunstancias, es imposible excluir tales *coups de théâtre*, pero tal y como están las cosas en estos momentos parece que Washington no está siendo poco realista al prescindir de tal posibilidad. El régimen iraquí atrae muchas menos simpatías que la causa palestina, aunque las masas árabes fueran incapaces de levantar un solo dedo para ayudar a la segunda intifada mientras se retransmitía por televisión el aplastamiento por los tanques del ejército israelí del levantamiento en los territorios ocupados.

¿Por qué entonces ha suscitado la guerra tal inquietud no tanto en Oriente Próximo, donde las bravatas de la Liga Árabe son puramente nominales, sino en Europa? Entre los gobiernos, parte de la razón radica, como se ha observado con frecuencia, en la distribución opuesta de poblaciones judías y árabes en los dos lados del Atlántico. Europa no tiene ningún estricto equivalente a la AIPAC de Estados Unidos, pero contiene millones de musulmanes: comunidades en las que la ocupación de Irak podría provocar descontento. También podría desencadenar, posiblemente en condiciones de mayor libertad, una turbulencia no grata en las propias calles árabes, donde las reacciones ante una invasión ya materializada podrían demostrarse mucho más fuertes de lo que sugerirían las movilizaciones suscitadas para conseguir un bloqueo imposible de su materialización. Los países de la Unión Europea, actores mucho más débiles militar y políticamente en la escena internacional, son inherentemente más cautos que Estados Unidos. Gran Bretaña, por supuesto, constituye la excepción, ya que ahí una mentalidad de lacayo le hace seguir de modo más o menos automático las iniciativas que vienen del otro lado del océano.

En general, aunque los Estados europeos saben que son subalternos frente a Estados Unidos, y aceptan su *status*, no les agrada tener que insistir sobre ello en público. El desprecio del gobierno Bush de los Protocolos de Kyoto y del Tribunal Penal Internacional ha ofendido también a un sentido de propiedad tenazmente vinculado a las formas externas de la rectitud política. A la OTAN se le prestó una escasa atención en la campaña afgana, y está siendo completamente ignorada en la campaña del Tigris. Todo esto ha exacerbado las sensibilidades europeas. Un ingrediente suplementario que la recepción hostil del plan de ataque a Irak ha encontrado entre la intelectualidad europea –y en menor medida entre los estadounidenses liberales– es el temor justificado a que pudiera rasgar el velo humanitario que cubrió las operaciones de los Balcanes y de Afganistán,

revelando de modo demasiado descarnado las realidades imperiales que se ocultan tras el nuevo militarismo. Este estrato ha invertido mucho en la retórica de los derechos humanos y se siente incómodamente expuesto por la rudeza de la operación ahora en curso.

En la práctica, tales recelos equivalen a poco más que a una declaración de intenciones de que cualquier guerra que se lance debe tener la bendición nominal de Naciones Unidas. El gobierno republicano se siente feliz al complacer, explicando con perfecto candor que Estados Unidos siempre obtiene un superávit si puede actuar multilateralmente, pero que si no puede, actuará unilateralmente de todas formas. Una resolución del Consejo de Seguridad enmarcada de modo suficientemente vago como para permitir un asalto estadounidense contra Irak poco después de la conclusión de algún tipo de ultimátum bastaría para apaciguar las conciencias europeas y permitir al Pentágono continuar con la guerra. Un mes o dos de sostenido masaje oficial de la opinión pública en ambos lados del Atlántico es capaz de hacer maravillas. A pesar de las enormes manifestaciones contra la guerra que han tenido lugar en Londres durante este otoño, el 75 por 100 de los británicos apoyaría un ataque contra Irak, siempre que Naciones Unidas preste su cobertura para esconder las vergüenzas de la operación. En ese caso, parece muy posible que el chacal francés también esté en la matanza. En Alemania, Schroeder ha aprovechado la oposición popular frente a la guerra para evitar la derrota electoral, pero dado que su país no es miembro del Consejo de Seguridad, sus gestos no le suponen coste alguno. En la práctica, la República Federal proporcionará todos los puestos de lanzamiento para una expedición contra Irak, lo cual constituye un servicio estratégico más importante para el Pentágono que el suministro de comandos británicos o de paracaidistas franceses. En conjunto, la aquiescencia europea en la campaña puede darse por hecha.

Esto no significa que vaya a suscitarse una amplio entusiasmo por la guerra en la Unión Europea, dejando de lado Downing Street. La aceptación objetiva ante un asalto armado es una cosa; el compromiso ideológico con el mismo, otra. La participación en la expedición o, más probable, en la ocupación que la seguirá es improbable que elimine totalmente el resentimiento provocado por el grado en que Europa se vea abocada a la empresa. La demostración de las prerrogativas estadounidenses –«el puño de acero unilateralista dentro del guante de terciopelo multilateralista», como lo ha enunciado secamente Robert Kagan– puede doler durante algún tiempo todavía[9].

[9] Robert KAGAN, «Multilateralism, American Style», *Washington Post*, 14 de septiembre de 2002.

7

¿Significa esto, como se queja un coro de voces del *establishment* tanto de Europa como de Estados Unidos, que la «unidad de Occidente» corre el riesgo de ser dañada a largo plazo por la arbitrariedad de Cheney, Rumsfeld y Rice? Al considerar esta cuestión, es esencial no olvidar la figura formal de cualquier hegemonía, que necesariamente conjuga siempre una potencia *particular* con una tarea *general* de coordinación. El capitalismo como orden económico abstracto requiere ciertas condiciones universales para asegurar su funcionamiento: derechos estables de propiedad privada, reglas legales predecibles, determinados procedimientos de arbitraje y (crucialmente) mecanismos que aseguren la subordinación de la fuerza de trabajo. Pero se trata de un sistema competitivo, cuyo motor es la rivalidad entre los agentes económicos. Tal competencia no tiene techo «natural»: una vez que se hace internacional, la lucha darwiniana entre las empresas muestra una tendencia a ascender al ámbito de los Estados. Ahí, sin embargo, como ha demostrado repetidamente la historia de la primera mitad del siglo XX, esta competencia puede tener consecuencias desastrosas para el propio sistema, ya que en el plano de las relaciones interestatales existen únicamente equivalentes débiles a la ley nacional, y en absoluto se cuenta con mecanismos para agregar los intereses de las distintas partes a partir de una base igualitaria, como nominalmente sucede en las democracias electorales.

Abandonada a sí misma, la lógica de tal anarquía únicamente puede ser la guerra encarnizada, del tipo descrito por Lenin en 1916. Kautsky, por el contrario, haciendo caso omiso del choque de intereses y de las dinámicas de los Estados concretos de su tiempo, llega a la conclusión de que el futuro del sistema debe –en su propio interés– radicar en la emergencia de mecanismos de coordinación capitalista capaces de trascender tales conflictos, lo que él denominaba «ultraimperialismo»[10]. Ésta fue la perspectiva que Lenin rechazó como utópica. La segunda mitad del siglo XX produjo una solución que no había sido contemplada por ninguno de ambos pensadores, pero que había sido vislumbrada por Gramsci. A medida que transcurrió el tiempo, se hizo evidente que el problema de la coordinación puede resolverse satisfactoriamente únicamente mediante la existencia de una potencia superordenadora, capaz de imponer disciplina sobre el sistema en su conjunto en el interés común de todas las partes. Tal «imposición» no puede ser producto de la fuerza bruta. Debe corresponder también a una genuina capacidad de persuasión: idealmente, debe tratarse de una forma de liderazgo que se halle en condiciones de ofrecer el modelo de producción y cultura más avanzado del momento, como objetivo digno de ser imitado por todos los demás. Ésa es la definición de hegemonía, concebida como unificación *general* del campo del capital.

---

[10] Sobre la predicción de KAUTSKY, véase «Ultraimperialism», *NLR* I/59 (enero-febrero de 1970), pp. 41-46, que todavía es la única traducción disponible en inglés.

Pero al mismo tiempo, la potencia hegemónica debe ser –puede que únicamente– un Estado *particular*: como tal, inevitablemente marcado por una historia diferencial y por un conjunto de peculiaridades nacionales que lo distinguen de todos los demás. Esta contradicción se halla inscrita desde un principio en la filosofía de Hegel, en la que la necesidad de encarnación de la razón en únicamente un Estado histórico-mundial, en un periodo dado, nunca puede borrar totalmente la multiplicidad contingente de las formas políticas que le rodean[11]. Latentemente, el universal singular siempre está en desacuerdo con la multiplicidad empírica. Es éste el escenario conceptual en el que debe contemplarse el «excepcionalismo» estadounidense. Todos los Estados son más o menos excepcionales, en el sentido de que poseen características únicas. Por definición, sin embargo, una potencia hegemónica posee características que *no pueden* ser compartidas por otros Estados, ya que son precisamente éstas las que le elevan por encima del grueso de sus rivales. Pero al mismo tiempo, su papel requiere que sea próximo a un modelo tanto generalizable –esto es, reproducible– como practicable. Cuadrar el círculo es, por supuesto, a la postre imposible, lo cual explica la existencia de un coeficiente de fricción en cualquier orden hegemónico. Estructuralmente, surge una discrepancia en la armonía cuya función ha de implementar. En este sentido, vivimos en un mundo que es inseparablemente –en un modo que ninguno de ellos podía prever– tanto el pasado descrito por Lenin como el futuro anticipado por Kautsky. Lo particular y lo general están condenados uno respecto al otro. La unión únicamente puede realizarse mediante la división.

En las notas que escribió en prisión, Gramsci teorizó la hegemonía como la síntesis específica de «dominación» y «dirección», o como equilibrio dinámico de fuerza y consentimiento. El objeto principal de su atención radicaba en los modos variables en los que puede alcanzarse o romperse este equilibrio en el seno de los Estados nacionales. Pero la lógica de su teoría –y Gramsci fue consciente de ello– se extendía asimismo al sistema internacional. En este plano también los elementos de la hegemonía se hallan distribuidos de modo asimétrico[12]. La dominación –esto es, el ejercicio de la violencia como manifestación última del poder– tiende necesariamente hacia el polo de la particularidad. La potencia hegemónica debe poseer una fuerza armamentística superior, un atributo nacional que no puede alienarse o compartirse, como condición primera de su predominio. Por otro lado, la dirección –la capacidad ideológica de obtener el consenso– constituye una forma de liderazgo cuyo poder de atracción es por definición general. Esto no significa que una síntesis hegemónica requiera, por lo tanto, una estructura persuasiva que sea puramente internacional,

---

[11] Respecto a esta tensión presente en el pensamiento de Hegel, véase Perry ANDERSON, «The Ends of History», *A Zone of Engagement*, Londres, 1992, p. 292 [ed. cast.: *Campos de batalla*, Barcelona, Anagrama, 1998].

[12] Respecto a la asimetría existente dentro de cualquier Estado nacional, véase «The Antinomies of Antonio Gramsci», *NLR* I/1000 (noviembre de 1976-enero de 1977), p. 41.

como debe ser irreductiblemente nacional su estructura coercitiva. El sistema ideológico de una potencia hegemónica exitosa *no puede* derivar únicamente de su función de coordinación general. También reflejará inevitablemente la matriz particular de su propia historia social[13]. Por supuesto, cuanto menos marcada sea la distancia entre ambas, mayor será su eficacia.

8

En el caso de Estados Unidos, el grado de esta separación –la proximidad de la juntura– es un reflejo de las principales características del pasado del país. Se ha escrito mucho sobre la excepción estadounidense. Sin embargo, el único excepcionalismo que realmente importa –dado que todas las naciones son a su modo *sui generis*– es la configuración que ha establecido su hegemonía global. ¿Cómo se expresa esto del mejor modo posible? Radica en la adecuación virtualmente perfecta que el país ofrece entre las condiciones geográficas óptimas y las condiciones sociales óptimas para el desarrollo capitalista. Es decir: una escala continental de territorio, recursos y mercado, protegidos por dos océanos, que ningún otro Estado-nación llega a poseer ni siquiera aproximadamente; y una población de inmigrantes-colonos que formó una sociedad que carecía virtualmente de pasado precapitalista –aparte de sus habitantes locales, esclavos y credos religiosos– y vinculada únicamente por las abstracciones de una ideología democrática. Aquí hemos de encontrar todos los requisitos para un crecimiento económico, un poder militar y una penetración cultural espectaculares. Políticamente, dado que el capital siempre ha dominado despóticamente sobre la fuerza de trabajo en un grado desconocido en otras sociedades industriales, el resultado es un paisaje doméstico muy a la derecha de estas últimas.

En Europa occidental, por otro lado, virtualmente todos los términos de la ecuación estadounidense se hallan revertidos. Los Estados-nación son de un tamaño pequeño o mediano, fácilmente asediados o invadidos; las poblaciones con frecuencia se remontan a tiempos del neolítico; las estructuras sociales y culturales se hallan saturadas por trazas de su origen precapitalista; el equilibrio de fuerzas es menos desventajoso para la fuerza de trabajo; en general, la religión constituye una fuerza fuera de combate. En consecuencia, el centro de gravedad de los sistemas políticos europeos está a la izquierda del estadounidense: más protector socialmente y con marcada preferencia por el Estado del bienestar, incluso con gobiernos de derecha[14]. En las relaciones entre Europa y Estados Unidos,

---

[13] En otras palabras, el «Estado universal y homogéneo» imaginado por Alexandre Kojève se halla fuera de alcance; en cuanto a su concepción, véase P. Anderson, *A Zone of Engagement*, cit., pp. 315-319 y ss.

[14] Así pues, Berlusconi, epítome de la derecha más temida por la izquierda en Europa, podría afirmarse bajo diversos puntos de vista que se coloca a la izquierda de Clinton, quien

hay pues abundante material para todo tipo de fricciones, e incluso de combustión. No resulta sorprendente que salten chispas en la tensa situación actual. La cuestión relevante, sin embargo, es si éstas presagian alguna grieta o modificación en el equilibrio de fuerzas entre ambos, a medida que la Unión Europea adquiera un sentido más robusto de su propia identidad.

Si consideramos ambos centros capitalistas comparativamente, el contraste entre sus estilos internacionales es absolutamente claro. La especificidad del planteamiento europeo ante el Nuevo Orden Mundial deriva de su experiencia interna de integración gradual en el seno de la propia Unión Europea: una diplomacia basada en tratados, una concentración incremental de soberanía, una vinculación legalista a la producción normativa, una preocupación voluble por los derechos humanos. Las prácticas estratégicas estadounidenses, basadas en una concepción radial de las relaciones interestatales, son más terminantes y más bilaterales. No obstante, la diplomacia estadounidense siempre ha tenido dos lenguajes: una línea descendente de los axiomas masculinistas de Theodore Roosevelt; la otra, de la inclinación presbiteriana de Woodrow Wilson[15]. Éstos son respectivamente los idiomas nacional e internacional de la potencia estadounidense. Mientras que a principios del siglo XX el último de ellos fue más ajeno a las prácticas de intervención de los Estados europeos, hoy en día se ha convertido en la almadía atlántica a la cual se aferran desesperadamente las susceptibilidades de la Unión Europea. Pero ambas son paroxísticamente estadounidenses. Una gran parte de la reciente conmoción verificada en el *establishment* intelectual demócrata en Estados Unidos ha consistido en un recordatorio a la Casa Blanca de la necesidad de ofrecer al mundo una mezcla apetitosa de ambas[16]. El documento sobre Estrategia de Seguridad Nacional, entregado por Bush al Congreso el 21 de septiembre, ha satisfecho la demanda con aplomo. Aquí, para quien quiera oír en el interior y en el exterior, se halla perfectamente entretejido el dueto de las dos voces de un «internacionalismo específicamente estadounidense». La locución está bien escogida. El despliegue de hegemonía exige precisamente tal dualidad.

---

construyó gran parte de su carrera en Estados Unidos a partir de políticas –permitiendo ejecuciones en Arkansas, restringiendo los servicios sociales en Washington– que serían impensables para un primer ministro en Italia.

[15] Esto es, por supuesto, un epítome. Una genealogía más compleja es la ofrecida por Walter RUSSELL MEAD en *Special Providence* (Nueva York, 2001), quien distingue entre las líneas que derivan de Hamilton, Jefferson, Jackson y Wilson.

[16] Para un buen ejemplo de ello, véase Michael HIRSH, «Bush and the World», *Foreign Affairs* (septiembre-octubre de 2002), pp. 18-43, artículo lleno de reconvenciones sobre la importancia de la consulta con los aliados, la santidad de los acuerdos internacionales, el valor de los ideales elevados, mientras deja claro al mismo tiempo que «los aliados de Estados Unidos deben aceptar que cierto unilateralismo estadounidense resulta inevitable, e incluso deseable. Ello implica fundamentalmente aceptar la realidad del poder supremo de Estados Unidos y, en verdad, apreciar cuánta suerte tienen al ser protegidos por una potencia tal que se comporta de un modo relativamente benigno».

La dirección estadounidense del globo, entendida en sentido opuesto a dominación, no se apoya, por supuesto, únicamente en un credo ideológico. Históricamente, ha sido el poder de atracción de los modelos de producción y cultura estadounidenses el que ha extendido el alcance de esta hegemonía. Paulatinamente ambos han llegado a unificarse de modo creciente en la esfera del consumo, ofreciendo un único modo de vida como pauta para todo el mundo. Analíticamente, sin embargo, deben mantenerse separados. El poder de lo que Gramsci teorizó como fordismo –el desarrollo de la gestión científica y de las primeras líneas de montaje del mundo– reside en sus innovaciones técnicas y organizativas, que en su época habían hecho ya a Estados Unidos la sociedad más rica del planeta. En tanto que tal liderazgo se mantuvo –durante las últimas décadas ha experimentado sus altos y bajos–, Estados Unidos podía figurar en el imaginario mundial como el punto de fuga de la modernidad: a los ojos de millones de personas situadas fuera de sus fronteras, la forma de vida que trazaba una conformación ideal de su propio futuro. Esta imagen era y es una función del *adelanto* tecnológico.

El espejo cultural que Estados Unidos ha ofrecido al mundo, por otro lado, debe su éxito a algo más. Aquí el secreto de la hegemonía estadounidense ha radicado en una *abstracción* formularia, que constituye el fundamento de las fortunas de Hollywood. En un vasto continente de inmigrantes heterogéneos, provenientes de todos los rincones de Europa, los productos de la cultura industrial tuvieron que ser desde un principio tan genéricos como fuese posible para maximizar su cuota de mercado. En Europa, cada película provenía y tenía que jugar con culturas dotadas de una densa sedimentación de tradiciones, costumbres y lenguajes particulares herederos de un pasado nacional, lo cual inevitablemente había de generar un cine con alto contenido local y escasas posibilidades de viajar. En Estados Unidos, por otro lado, los públicos inmigrantes, con reavivadas conexiones con pasados heteróclitos, únicamente podían ser agregados mediante esquemas narrativos y visuales reducidos a sus denominadores comunes más abstractos y recursivos. Los lenguajes fílmicos que resolvieron este problema fueron, muy de modo totalmente lógico, aquellos que luego conquistaron el mundo, en los cuales el premio por la simplificación dramática y la repetición era, en mercados mucho más heterogéneos, todavía mayor. La universalidad de las formas de Hollywood –la televisión estadounidense no ha sido nunca capaz de repetir tal éxito– deriva de esta tarea originaria, aunque como cualquier otra dimensión de la hegemonía estadounidense extrae su fuerza de un suelo expresamente nacional, con la creación de grandes géneros populares inspirados en los mitos de la frontera, los bajos fondos, la guerra del Pacífico.

Por último, y sin que ello le reste un ápice de importancia, encontramos igualmente el marco legal de la producción y la cultura: derechos de propiedad no engorrosos, posibilidades muy amplias de entablar litigios, la invención de la gran empresa. Aquí también el resultado fue la creación de lo que Polanyi más temía: un sistema jurídico que separaba lo más

posible el mercado de los vínculos de la costumbre, la tradición y la solidaridad, cuya misma abstracción demostró posteriormente –las empresas estadounidenses al igual que las películas estadounidenses– ser exportable y reproducible en todo el mundo, en un modo que ningún otro competidor pudo igualar[17]. La constante transformación de la ley mercantil y de las normas de arbitraje internacionales de acuerdo con las normas estadounidenses atestigua tal proceso. El ámbito político propiamente dicho es otra cuestión. Las estructuras constitucionales del país, a pesar de la universalidad formal de la ideología de la democracia americana, que no se vio afectada por las complicaciones de la Revolución Francesa, han carecido de este poder de difusión[18]. Insertas en su mayor parte en los modelos del siglo XVIII, han dejado relativamente frío al resto del mundo, aunque con la extensión de la política del dinero y la televisión han sido afectadas por su corrupción.

9

¿Cómo se ha posicionado Europa en relación con este conjunto de elementos? La población y la producción de la Unión Europea exceden las de Estados Unidos y componen un mosaico de modelos sociales generalmente considerados más humanos y avanzados que los estadounidenses. Éstos se hallan insertos, sin embargo, en todo tipo de legados históricos locales. La creación de un mercado único y la introducción de la moneda única están comenzando a unificar las condiciones de producción, especulación y consumo, pero continúa habiendo una reducida movilidad de la fuerza de trabajo y no existe una cultura compartida, elevada o popular, a escala continental. Durante la última década se ha hablado mucho sobre la necesidad de que la Unión Europea incremente las características de un Estado tradicional y sus pueblos compartan más intensamente una identidad común. Existe incluso en la actualidad una convención constitucional, de carácter asesor. Pero simultáneamente este mismo periodo ha presenciado también la difusión continua por Europa de paradigmas económicos, sociales y culturales procedentes del Nuevo Mundo. El grado de este proceso puede exagerarse: ambos todavía muestran, y seguirán manteniendo, perfiles muy diferentes. Pero las tendencias de cambio operan en otra dirección. Desde la flexibilidad del mercado de trabajo, el criterio del valor del accionista y las pensiones de contribución definida hasta los conglomerados de los medios de comunicación, los dispositivos de promoción de una cultura del trabajo y los *reality shows* televisivos, el impulso que los ha animado ha diferido de las pautas tradicio-

---

[17] Respecto a este fenómeno, véase las perspicaces observaciones de John GRAHL, «¿El predominio de las finanzas?», *NLR* 9 (agosto-septiembre de 2001), pp. 172-177.

[18] A lo sumo, ha consistido en la difusión de la plaga del presidencialismo en formas caricaturescas, de lo cual Rusia constituye un ejemplo obvio. De la reciente hornada de nuevas democracias, ningún Estado europeo-oriental ha imitado el modelo estadounidense.

nales respecto al patrón estadounidense. A pesar de la enorme inversión europea en Estados Unidos, hay escasa evidencia de una influencia recíproca. Éste es el unilateralismo que más importa y que, sin embargo, aparece menos en el actual libro de reclamaciones.

Por otro lado, desde el punto de vista político, ámbito en el que el sistema estadounidense aparece petrificado, los europeos se hallan teóricamente en movimiento. Pero la Unión Europea no es un Estado, y las perspectivas de que éste pueda emerger a su escala son reducidas. Sobre el papel, la ampliación de la Unión Europea hacia el Este constituye una empresa de envergadura histórico-mundial y presenta una escala que iguala la mas heroica ambición estadounidense. En la práctica, al seguir la estela de la expansión estadounidense de la OTAN, hasta ahora se muestra en gran medida como un proyecto inconsistente carente de claros objetivos constitucionales o geopolíticos, que en la actualidad es probable que relaje y debilite todavía más los ya casi semiparalizados engranajes de las instituciones de Bruselas. De modo similar, el abandono de la exploración federal únicamente puede conducir a una estratificación nacional, cuando la jerarquía existente de los Estados-miembros se convierta en una pirámide más explícita de poder carente de cúspide, con un anexo semicolonial en el Este: una especie de ampliación del mandato sobre Bosnia. En la cúspide del propio sistema, por no pensar en lo que sucederá en su base, los límites de coherencia se establecen mediante asincronías recurrentes en el ciclo político de los países líderes, como sucede hoy cuando los gobiernos de centro-izquierda gobiernan en Berlín y Londres, y el centro-derecha en París, Roma y Madrid. En tales condiciones, las políticas externas de la Comunidad tienden a convertirse en poco más que una búsqueda del más elevado factor común de vapor ideológico[19]. Sea cual sea la lógica a largo plazo de la construcción paneuropea, la Unión Europea no se halla hoy en condiciones de modificar el curso o desafiar cualquier iniciativa de envergadura lanzada por Estados Unidos.

De ello se desprende que ya no existe una «fórmula orgánica» de hegemonía neoliberal vigente en la totalidad del mundo capitalista avanzado[20]. La conquista republicana de la Casa Blanca en 2000 no reflejó ningún cambio fundamental de la opinión política en Estados Unidos, sino esen-

---

[19] Esto es también, por supuesto, una función de la provincialización de las culturas europeas durante los últimos años. Es sorprendente la magra producción de un pensamiento geopolíticamente serio, con independencia de su adscripción política, que podemos encontrar hoy en Europa. Estamos lejos de los días de Schmitt o Aron. Virtualmente la totalidad de tal pensamiento proviene ahora de Estados Unidos, donde las exigencias del imperio han construido un imponente campo intelectual durante los últimos veinte años. El último trabajo realmente inteligente que ha aparecido a este lado del Atlántico fue probablemente el libro de Régis DEBRAY *Les Empires contre l'Europe*, que apareció en 1985.

[20] Para una discusión de esta noción, véase P. ANDERSON, «La segunda fórmula a prueba», *NLR* 8 (mayo-junio de 2001), pp. 5-23.

cialmente los *faux frais* de la conducta de Clinton al frente de la causa demócrata. Una vez en el poder, la nueva administración ha explotado –hábilmente sobreinterpretado– su mandato para propinar un brusco giro de la retórica, y en cierto sentido de la práctica, de su predecesor. En Europa, el centro-derecho ha tenido victorias convincentes en Italia, Dinamarca, Holanda y Portugal, mientras que el centro-izquierda ha resistido en Suecia y sin duda volverá a ganar en breve en Austria. Pero en Francia y Alemania, los dos países centrales de la Unión Europea, los resultados electorales opuestos que han mantenido en el poder a Chirac y a Schroeder fueron igualmente adventicios: uno salvado por la dispersión del voto, el otro por las aguas desencadenadas por un acto divino. Ni el centro-derecha en Francia ni el centro-izquierda en Alemania gozan actualmente de un gran aprecio por parte de la población. En este escenario evanescente, las políticas aplicadas son con frecuencia lo opuesto de las marcas electorales. Hoy el SPD se halla vinculado al corsé de hierro del Pacto de Estabilidad, mientras Berlusconi y Chirac abogan por un keynesianismo laxo.

En otras palabras, como podría deducirse del ímpetu contingente proveniente de Estados Unidos, no ha habido ni extensión de la vida de la tercera vía ni un giro general de la marea hacia una versión más dura del neoliberalismo, del tipo que introdujeron Thatcher y Reagan. Volvemos más bien a las accidentadas circunstancias de la década de 1970, en la que no existía una pauta clara de alineamientos políticos domésticos en la OCDE. En estas condiciones, podemos esperar que se incremente el volumen de las disputas y recriminaciones de bajo nivel en el interior del bloque atlántico. El desplazamiento entre los platillos del consentimiento y la fuerza vigente en el sistema de la hegemonía estadounidense que fue posible con el fin de la Guerra Fría está adquiriendo una mayor realidad.

10

Su síntoma inmediato, por supuesto, es la intensificación de las protestas entre la intelectualidad atlántica –abrumadora por parte europea, sustancial por parte estadounidense– contra la inminente guerra contra Irak. Cuando se escriben estas líneas, inundan los medios de comunicación innumerables muestras de preocupación porque Estados Unidos ha olvidado lo mejor de sí, de invocaciones de Naciones Unidas, himnos a los valores europeos, de temores por los daños que pueden sufrir los intereses de Occidente en el mundo árabe, de las esperanzas depositadas en el general Powell y de las felicitaciones al canciller Schroeder. Las guerras del Golfo, de los Balcanes y de Afganistán, se nos dice, fueron una cosa. Constituyeron expediciones que concitaron en torno a sí un marcado apoyo de este estrato, siendo su sobrio aplauso acompañado, por supuesto, por esa irradiación de observaciones críticas que caracteriza a cualquier intelectual que se respete a sí mismo. Pero un ataque estadounidense contra Irak es otra cuestión, explican ahora esas mismas voces, ya

que no disfruta de la misma solidaridad de la comunidad internacional, y exige una desmesurada doctrina de la prevención. A lo cual el gobierno republicano no tiene dificultad en responder, en las firmes palabras de Sade: *Encore un effort, citoyens*. La intervención militar para impedir la limpieza étnica en Kosovo violó la soberanía nacional y se mofó de la Carta de Naciones Unidas, cuando la OTAN así lo decidió. Entonces, ¿por qué no proceder con esta intervención militar para impedir el riesgo que supone la existencia de armas de destrucción masiva en Irak, con o sin el asentimiento de la ONU? El principio es exactamente el mismo: el derecho –en realidad, la obligación– de los Estados civilizados de extirpar las peores formas de barbarie, con independencia de los límites nacionales en las que se produzcan, con el objetivo de hacer el mundo un lugar más seguro y pacífico.

La lógica es incontestable, y en la práctica el resultado será el mismo. Es improbable que la Casa Blanca sea distraída de su presa por cualesquiera concesiones efectuadas por el régimen Baaz en Bagdad. Un Congreso demócrata podría, incluso en estos momentos, plantear más dificultades para ello; y cualquier hundimiento repentino de Wall Street continúa presentando un riesgo para el actual gobierno. Pero la probabilidad sigue siendo la guerra; y si estalla la guerra, la certidumbre es una ocupación de Irak –ante el aplauso de la comunidad internacional, incluida la abrumadora mayoría de los comentadores e intelectuales que ahora se muestran nerviosos ante el «unilateralismo» de Bush–. Los periodistas del *New Yorker* y *Le Monde*, de *Vanity Fair* y la *New York Review of Books*, *The Guardian* y *La Repubblica* llegarán a una Bagdad liberada y se felicitarán –naturalmente con un realismo sensato y todas las cualificaciones necesarias– de la tímida aurora de la democracia árabe, como sucedió anteriormente con la democracia en los Balcanes y en Afganistán. Con el redescubrimiento de que, después de todo, la única verdadera revolución es la estadounidense, el poder y la literatura pueden caer de nuevo uno en los brazos de la otra. La tormenta en la taza de té atlántica no durará demasiado tiempo.

La reconciliación es absolutamente predecible, ya que el actual desplazamiento del énfasis desde lo que es «cooperativamente aliado» a lo que es «específicamente estadounidense» en el seno de la ideología imperial es probable que, por su propia naturaleza, tenga corta vida. La «guerra contra el terrorismo» es un desvío temporal de la carretera real que conduce a los «derechos humanos y la libertad» en todo el mundo. Productos de una situación de emergencia, sus objetivos negativos no constituyen un sustituto de los ideales positivos que requiere una hegemonía. Funcionalmente, a medida que el peso relativo de la fuerza aumenta mientras el del consentimiento disminuye en la síntesis estadounidense por las razones objetivas a largo plazo enumeradas anteriormente, la importancia de la versión «más suave» de su conjunto de justificaciones se incrementará, precisamente con el fin de enmascarar el desequilibrio que la versión «más dura» corre el riesgo de acentuar. En un futuro no lejano, las viudas

de Clinton encontrarán consuelo. Cualquiera que sea el resultado en Oriente Próximo, el balbuceo de la economía estadounidense, en la que se funda en definitiva la hegemonía de Estados Unidos, no dará en ningún caso mucho respiro al gobierno republicano.

11

¿Es necesario decir que hay que oponerse a la guerra, si finalmente ésta tiene lugar? La sarta de crueldades e hipocresías que ha justificado el bloqueo de Irak durante una década, con el coste de cientos de miles de vidas, no merece más tratamiento en estas páginas[21]. Las armas de destrucción masiva poseídas por el régimen Baaz son ridículas comparadas con las reservas acumuladas por Israel y toleradas por la «comunidad internacional»; su ocupación de Kuwait fue una operación subalterna comparada con los récords alcanzados en la ocupación de Cisjordania; el asesinato de sus propios ciudadanos ha sido superado ampliamente por la dictadura impuesa sobre Indonesia y festejada en Washington o Bonn hasta el final de sus días. No son las atrocidades perpetradas por Sadam Husein las que han atraído la hostilidad de los sucesivos gobiernos estadounidenses, y de sus diversos cipayos europeos, sino la amenaza potencial que el dictador iraquí cierne sobre los emplazamientos imperiales en el Golfo y –más hipotéticamente– sobre la estabilidad colonial en Palestina. La invasión y la ocupación son el resultado lógico del estrangulamiento que sufre Irak desde la operación Tormenta del Desierto. Las disputas surgidas en las capitales occidentales sobre si debe procederse sin dilación y sin contemplaciones o bien provocar el fin por asfixia son diferencias que tienen que ver con problemas de táctica y de ritmo, no con criterios de humanidad o con cuestiones de principios.

Los gobiernos republicanos y demócratas estadounidenses no son idénticos, como no lo son tampoco los gobiernos de centro-derecha y centro-izquierda en Europa. Siempre es necesario registrar las diferencias existentes entre ellos. Pero éstas raramente se distribuyen a lo largo de un *continuum* moral en el que decrecen el bien y el mal. Los contrastes están casi siempre más entremezclados. Así sucede hoy. No hay razón para lamentar que el gobierno Bush haya frustrado la infeliz charada del Tribunal Penal Internacional o eludido las marchitas hojas de parra del Protocolo de Kyoto. Hay, sin embargo, innumerables razones para resistir la erosión de las libertades civiles en Estados Unidos. La doctrina de la prevención constituye una amenaza para cualquier Estado que en el futuro se oponga a la voluntad de la potencia aliada o de sus aliados. Pero no es mejor cuando se proclama en nombre de los derechos humanos que en el de la no proliferación. Lo que sirve de salsa para la oca balcánica sirve también para la salsa del ganso mesopotámico. Los reticentes que pre-

[21] Para una discusión exhaustiva de estos puntos, véase T. Ali, «Estrangular al pueblo iraquí», cit.

tenden otra cosa merecen menos respeto que aquellos que imploran no actuar de acuerdo con sus hipótesis comunes. La arrogancia de la «comunidad internacional» y sus derechos de intervención en todo el planeta no constituyen una serie de eventos arbitrarios o episodios carentes de conexión entre sí. Forman un sistema que debemos combatir con una coherencia no menor que la que éste posee.